

# Rescates, réplicas y contrarréplicas

## La luz o la sombra y algo más

### *Los laberintos insolados*

MARTA TRABA

Universidad de los Andes, Universidad Eafit, Universidad Nacional de Colombia y Panamericana Editorial, Bogotá/Medellín, 2017, 152 pp.

ESTA NOVELA de Marta Traba se reedita por vez primera para que la rescatemos de la sombra y le devolvamos el puesto que le corresponde dentro de su obra. Publicada en 1967, un año después de *Las ceremonias del verano*, con la que ganó el Premio Casa de las Américas, *Los laberintos insolados* confirmó la importancia de la voz de Traba en la narrativa colombiana de su época. Y decimos “colombiana” porque la escritora argentina consideró nuestro país como suyo, desde que llegó a nuestras tierras en 1954; fue “la argentina que se volvió colombiana”, como escribió Cobo Borda y como ella lo afirmaba.

La novela se publicó en Barcelona mientras Traba residía en Bogotá. En 1966 viajó a Cuba para recibir su premio y quedó deslumbrada con el entusiasmo revolucionario que compartían tantos escritores latinoamericanos. Después volvió a Bogotá y publicó diversos ensayos a favor de la Revolución cubana, textos que causaron controversia y debate público. Así se operaba un cambio ideológico en la escritora. La reacción a tales ideas y una gradual campaña en su contra —que desembocó en un obligado exilio en 1969— la condujeron a una “forzada libertad profesional” que le permitió concentrarse más en la escritura de ficción.

En efecto, uno de los rasgos que más atraen de la novela, y que acaso desconcertó a parte de la crítica, es su inesperado argumento —la experiencia del viaje—, que no se relaciona con nuestra realidad política ni con el cambio ideológico de Traba, para el asombro de algunos. Fue como si la autora se desdoblara en su escritura y pergeñase un libro donde la mirada y los demás sentidos aprovecharan su caudal como crítica de arte. Es decir, si esta es una novela de transición que funciona como puente estético en su obra, como nos dice Camilo Hernández en su prólogo, la experiencia del lector rebasa tal categoría. Porque es un viaje delicioso para nosotros, un oasis que plantea otras cuestiones y conduce a dos novelas más de su corpus: *Pasó así* y *La jugada del sexto día*, editadas en 1968 y 1970 respectivamente.

De modo que *Los laberintos insolados* despliega el tema del viaje, con alusiones intertextuales a la *Odisea*, comenzando por el título de tres capítulos: “Circe”, “Penélope”, “Ítaca”. Y por su protagonista, Ulises,

cartagenero de familia acomodada, quien se lanza a un viaje sin su esposa Laura y sin su hijo, llamado “el niño”, y abandona el barrio de Manga, “el aristocrático y silente oasis en medio del desierto” (p. 13). Él y su familia viven en Villa Laura, su casa y espacio decadente que se torna símbolo de estabilidad, de resguardo materno, donde se da una obsesiva repetición: la infancia de Ulises quiere reproducirse en la adultez. Así, la esposa tiene el mismo nombre de su madre, Laura, y el niño desempeña luego el rol de padre. Pero un elemento no menos notable, esencial dentro del desarrollo odiseico, es el manejo de las imágenes, su plasticidad. La precisión del lenguaje de Traba, cuyo tornasol y bordado atrapan imaginación y sentidos, es magistral. Sus claroscuros van y vienen entre el interior de los personajes y su entorno, desde el punto de vista de Ulises y de la voz narradora. Cómo los marca el espacio, cómo viven en un pasado continuo donde difícilmente hay un presente, es algo que destila una belleza de ruina, de cenotafio que pregunta no tanto por su cadáver sino por la verdadera vida de Ulises. Todo el entorno, todas las cosas se interponen en su presente cotidiano, plácido lastre que Ulises quiere desterrar:

Los muebles que nunca lo habían detenido comenzaron a detenerlo. Se paraba frente a la enorme cama de baldaquino tratando de situarse en una anécdota y en una edad (...). El pasado en presente lo dejaba exhausto (...) la cama de su madre parecía un gran catafalco con su oscuro baldaquino papal (...). Se acostaba bajo el baldaquino y creía zarpar en la inmensa cama-buque (...) el alto techo se perdía en la penumbra, se iban borrando los finos artesonados. (pp. 6-7)

Tales pasajes posan la mirada en los objetos y su relación afectiva con los personajes, relación que niega la realidad externa y se funda en la exclusión. Recordemos las buganvillas que se repiten, sombrean y desaparecen. Pero si la ambigua voluntad de Ulises de conservar el pasado, a través de objetos y paisaje, nos remite a su identidad, su decisión de viajar nos lleva por aventuras, geografías y personajes que cuartejan su lábil yo, su “individualidad”. El primer destino es la modernidad de Nueva York con Trizzie Baldwin, su exquisita Circe, ciudad y mujer que lo persuaden con preguntas distintas y situaciones extrañas. Ella lo llama Henry, nombre que lo lleva a ser otro, a renunciar a una parte de sí mismo, pero también a ganar algo. “Todo lo que hago, lo hago siempre por primera vez”, le dice Trizzie (p. 30), en un instante que franquea los confines eróticos. Esta escena íntima es filigrana pura en la prosa de Traba, no solo por su lograda atmósfera y su articulación a la estructura del capítulo, sino por la idea subyacente: la persuasión, la capacidad de posesión del presente de la propia vida, como la llamó Carlo Michelstaedter. Olvidar. Vivir el instante, sin concebirlo como escalón para un proyecto. No sacrificar el instante al futuro, ni desear que pase deprisa para que se convierta en pasado o decir que se ha vivido. Hacer las cosas más por vivir, y no para haberlas vivido. Algo semejante nos sugiere Traba. Sugiere tal idea por medio de Trizzie, y la superpone con tiempos simultáneos inscritos en una sola imagen o párrafo.

Otro destino es París y el pueblo Ville-d'Avray, que recuerdan el pasado aristocrático de Ulises. Allí conoce a Elena Banville, otra exiliada colombiana que teje y teje como Penélope. Si el periplo de Nueva York abarca varios capítulos, y tiene un punto flojo y forzado en la historia con Trizzie y un saxofonista, la aventura de Francia en un capítulo es más rica, con un tempo menos raudo que el americano. En Francia hay más variedad de paisajes, más movimiento interior en Ulises. Allí desfilan hoteles, jardines y plazas, el bar Ottawa, Chartres, Rambouillet y Versailles. Y un detalle amplía nuestra vivencia con lentes distintos: la lectura que sumerge a Ulises en el *Retrato del artista adolescente*, de Joyce, libro que le depara el azar.

Ulises, como Stephen Dedalus, el protagonista de la novela de Joyce, procura darle unidad y coherencia al mundo que lo rodea. No obstante, su mundo no está hecho de fragmentos en consonancia, como el de Stephen. Los fragmentos de Ulises son un mundo “de partes tan destrozadas que eran ya casi irreconocibles, de esquilas de algo mayor que había explotado irremediablemente y ya nunca podría volver a reconstruirse” (p. 102). Así, conforme avanza la narración, observamos a Ulises entre el intento de comprender su memoria y el impulso de despojarse de todo y aligerar su carga. Entre el autoconocimiento y la levedad, con un mínimo de egoísmo para soltar amarras. Su viaje es interrogador, es andadura por rumbos tanto físicos como simbólicos. Pues con Ulises construimos los lugares a medida que él los habita y los enfrenta, y ni Francia ni Nueva York se representan como geografías estables por medio de hitos, emblemas o monumentos que las determinen. Un rasgo más que abonamos a Traba por su manejo del espacio, rasgo que nos identifica con su protagonista, que nos inclina a sentir cercano “lo extranjero”.

En cuanto al título, no es un azar el verbo “insolar”: poner al sol las plantas para fermentarlas o secarlas, o enfermar por exceso de sol. En el libro la luz desvanece, calcina los objetos. Y aparece la dualidad de luz y sombra. La sombra es metáfora de sueño y memoria. Por ejemplo, la falta de luz desdibuja a la madre de Ulises como si se borrara, pues ella “jamás salía al pórtico antes de que el sol hubiera desaparecido; consideraba que el sol y la playa tenían algo de impúdico, de ignominioso” (p. 12). Aquí se insinúa la exclusión de Ulises y su madre, quizá también por prejuicios de clase y raza. Así que la progresión del juego luz-sombra es vital porque, como a Orfeo, lleva a Ulises a la luz, a comprender, sin arrastrar la sombra como un abrigo viejo. Detrás de los objetos, sobre todo cuando asumen el auspicio de la sombra reveladora, y el matiz de la luz los impregna de misterio —un matiz ligero, como la perdiz detrás del bambú—, corre una aporía de la metafísica: “Las cosas son ellas y algo más (...), como ese mar es algo más que color y luz” (p. 118).

En suma, pensemos que esta novela es un viaje más rectilíneo que circular, del que nunca se llega porque no termina, un viaje infinito y paralelo por un camino recto y despejado, como quería Thomas Ingram, quien afirmó que “un laberinto debe ser un sofisma”. Pensemos

que el extravío de Ulises es la divergencia del pasado, el claroscuro de su memoria, que no perdona al acero que la engasta. Y si él regresa a casa, intuye que es allí donde se juega el viaje más arriesgado. Allí la existencia se expone al conflicto, al error o al naufragio. Y también se pone en juego su capacidad o incapacidad de amar.

**Diego Castillo**